

De La Unión que se fue

Procesiones minerar

Arrimadas acaso, antes que a la sombra del verdadero espíritu penitencial de los días sacros a la del festejo y el boato, un seño barroco y un tanto bambollero —el exceso— terminó por impregnar todas y cada una de las procesiones de La Unión. De cualquier modo, llegada la **Semana Santa**, el unionense dejaba de ser mero espectador pasivo del Drama para convertirse apasionadamente en personaje del mismo. Cuando la primavera apuntaba por las crestas del Sancti Espiritu y a las acacias de la calle Real les brotaban los primeros granos de verdura, toda La Unión sentíase convocada, de alguna manera, a la llamada procesional, como pregón de muy cercanas y venturosas promesas. En su «Recuerdo íntimo de La Unión», Pedro García Valdés escribe: «Aún distante la Semana Santa, se movilizaban silenciosamente las cofradías. Bella, secreta rivalidad. Juramento de fidelidad exigido a los cofrades; delicado, sutil servicio de espionaje y contraespionaje...».

LAS SAETAS

Quando otras localidades semanasanteras de postín aún no se habían decidido a introducirla, la saeta, a todas luces empujada en La Unión por la inmigración andaluza, llegó a contar aquí por derecho propio. Así, cuando un día se anuncia la llamada «Pro-

cesión del Silencio», junto a los ruegos y avisos en pro de una mayor severidad del cortejo, se especifica textualmente: «A cuantas personas presenciaron el paso de esta procesión (de veras la más piadosa de todas) encarecemos el mayor respeto y recogimiento; no obstante, lo cual, podrán lanzarse al aire las tradicionales y sentimentales saetas».

Gran cosa, ciertamente, la saeta, sus voces, sus tuétanos, sus fuegos. ¿Vale que el rezo cantado se cimble y afiligrane en el estuche de una garganta, como una joya? ¿Vale que un «cantor» minero la cante poniendo el corazón en los labios? Nos gusta imaginar una posible, lejana noche de Semana Santa en La Unión, todavía con las luces de acetileno oscilando dentro de las tulipas de los tronos, y un hombre aguardando emocionadamente el paso del Nazareno, ante el cual, poniendo el alma en el cantar, eleva la más hermosa, lúcida, escalofriante saeta. Cuando el trono se aleja, barco de luces, perdiéndose en la noche, todavía circula entre las gentes una onda de profundo escalofrío:

—¿Quién ha cantado así?

—Un hombre recién llegado de Almería. No me preguntes su nombre. Aquí sólo se le conoce por su alias.

—¿Cuál es?

—El Rojo el Alpargatero.

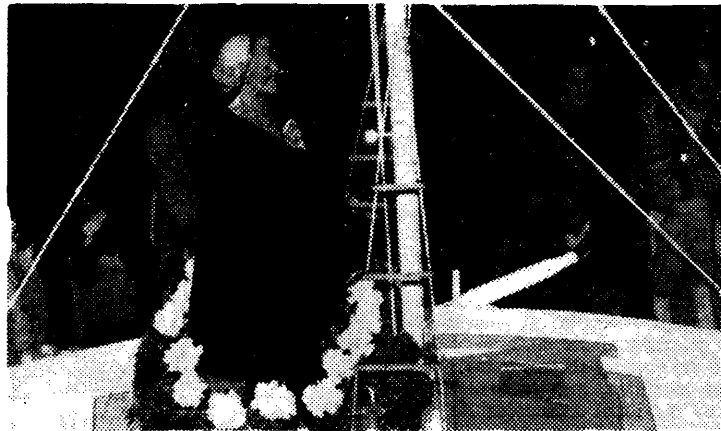


Imagen de San Pedro, en la procesión marítima de Cabo de Palos.

TALLERES DE FLORES

Muchos eses antes de la Semana Santa, se abrían aquellos talleres en los que las señoritas cofrades confeccionaban pacientemente, amorosamente, las flores del trono. El gusto de la época demandó, durante muchos años, la flor artificial en el exorno de los pasos, luego totalmente adornados de flor natural. Se organizaban, de este modo, numerosos grupos de falsas floristas, y era lógico que cada uno de ellos rivalizase con los demás en aras de una mejor vistosidad de sus tronos respectivos.

Llegado el día de la procesión, se «vestía» el trono, complicada tarea que exigía largas horas de trabajo y que terminaba siempre con el rito de retratarse todo el «taller» frente al paso, ya acicalado. En un libro sobre la parroquia del Rosario, pronto a publicarse, se incluyen varias fotografías correspondientes a los conjuntos de señoritas que en unos ya lejanos años —por galantería a quienes en las mismas aparecen, no digamos cuáles— se dedicaron a fabricar las flores del Prendimiento, de Nuestro Padre Jesús Nazareno, etc., floristas que, monumentalizadas en los retratos, a la vera de los Hermanos

Mayores, ofrecen a la posterioridad una colección de jovencísimas sonrisas, ya para siempre inmarchitables sobre el couché, precisamente junto a los pasos de su devoción, que hubieron de ser sacados a la calle a media tarde —se deduce—, muchas horas antes de la procesión, con el exclusivo objeto de que los fotógrafos Angel Martínez y Avilés, todavía huérfanos de flahs, captasen completos los inefables conjuntos, entre los que se descubren, entre otros, los rostros de Flora y Concha Martínez, Carmen Pérez, Caridad Martínez, Otilla Asensio, Pepita Cortés, Adela Veza, Josefa Fuentes, Fara Martínez...

CULTO A LOS TITULARES

Llegado el tiempo cuaresmal, las cofradías ofrecían a sus respectivos titulares solennnes cultos. Destacaban siempre entre éstos los dedicados a la Santísima Virgen de la Caridad, al Cristo de los Bomberos y a Nuestro Padre Jesús Nazareno.

La imagen a la que se dedicaban los cultos habían de abandonar su respectiva capilla para pasar al altar mayor, previamente adornado con profusión de flor y cera. Como centro y cogollo



de la novena, el sermón. Quiere decirse que, tanto por lucimiento de la propia cofradía como por la sabia moraleja de aquel refrán que certifica que «sermón que no mueve los corazones mueve los culos», se procuraba siempre contratar a un predicador de campanillas. Así, en una antología de urgencia dedicada a la sagrada cátedra de los novenarios unionenses, habría de destacarse los nombres de López Maymón y Cavero, canónigos ambos de la catedral de Orihuela; fray Melchor de Benisa, el jesuita padre Peiró...

Los cofrades de la Virgen de la Caridad, bellísima talla firmada por Sánchez Araciel, destruida en 1936, celebraban siempre novenario de altos vuelos, tantos que, en alguna ocasión, dado que la capilla del Hospital, en la que se veneraba la imagen, resultaba insuficiente para albergar la multitud de sus devotos, se llegó a trasladar la Virgen al altar mayor del Rosario, donde, colocada sobre un despliegue escenográfico pintado al temple, muy en consonancia con la estética en boga, celebrábase el novenario con el boato requerido.

ASENSIO SAEZ

LA VERDAD ABRIL 1982